

EL GENERAL EN SU LABERINTO, UNA FUGA ENSIMISMADA

Elizabeth OTERO ÍÑIGO
Universidad de Zaragoza
ORCID: 0000-0002-6126-497X

Resumen:

Los últimos meses de vida del general Simón Bolívar encierran el desafío de recorrer un viaje singular. La defensa del legado histórico que teme abandonar a su propia suerte (el ideal bolivariano) converge con su autodefensa y compite con una progresiva urgencia: atender a su entorno más próximo, a su tuberculosis y a sus hombres. El simbolismo grotesco de García Márquez logra abrir un sinfín de vasos conductores entre ambas dimensiones, pública y privada. Esos conductos reflejan un espacio tiempo laberíntico y salvador, construido con la riqueza de una simbología fértil: la de la duda y la paradoja.

Palabras clave:

Grotesco, ensimismamiento, utopía, hermetismo, Gabriel García Márquez.

Abstract:

General Simón Bolívar is confronted with the challenge of unraveling a labyrinth in the course of a singular journey, the last of his life. The defense of the historical legacy he fears abandoning to its own fate (the Bolivarian ideal and so himself) competes with

a growing urgency: to attend to his tuberculosis and to his people. García Márquez's grotesque symbolism manages to open communicating vessels between both dimensions, public and private. These conduits reflect a labyrinthine and salvific space-time, constructed with the richness of a fertile symbolism: that of doubt and paradox.

Key Words

Grotesque, Egotism, Hermetism, Utopia, Gabriel García Márquez.

Gabriel García Márquez dedicó un buen número de artículos de prensa a justificarse por la osadía de escribir esta obra tal y como es. Consciente de que pudiera ser acogida con hostilidad y leída meramente en clave política, organizó todo un parapeto defensivo. Arranca con la dedicatoria (ofrecida a quien le sugirió y regaló la idea de escribir este libro) y cierra con unos agradecimientos a aquellos que bien podían cubrírle las espaldas en uno de los aspectos más peliagudos: el género escurridizo de esta novela, protagonizada por un personaje histórico. La expectativa irrita a quienes buscan en ella una biografía o una novela histórica y defrauda a los lectores ingenuos de novela heroica. Las últimas páginas contienen una «Sucinta cronología de Simón Bolívar» que elabora (y firma explícitamente) uno de los historiadores y asesores en el proceso de creación de la novela.

Fuera como fuere, sus precauciones dieron valiosos frutos literarios. Entre ellos, la construcción del espacio y del tiempo. La necesidad de disponer la trama en un enclave propicio para una conciencia en expansión –y evitarse, de paso, las pejiğeras de los errores históricos– orientó su novela hacia la crisis del héroe en retirada, coincidiendo con el periodo menos documentado de la vida del protagonista. Escogió ocuparse del viaje que, en los últimos ocho meses de vida, realizó el general venezolano Simón Bolívar, aclamado o vilipendiado como Libertador de las Américas y como símbolo del sueño de la unión de estos mismos pueblos en una gran república. Son los meses que siguen a su retirada oficial

EL GENERAL EN SU LABERINTO

del poder, tras doce años de su primer nombramiento como presidente de Venezuela. El periplo último, su viaje por el río Magdalena, un recorrido que el propio García Márquez disfrutó profundamente durante toda su juventud.

Iniciamos este artículo así, haciendo patente la actitud defensiva (y ensimismada) que parece estar en su génesis, para atender a esas mismas fuerzas en su despliegue artístico. Queremos observar cómo todo ello va a conjugarse para dejar emerger con fuerza una riqueza honda, más allá de los nombres propios y de las loas o las condenas históricas (del personaje y del autor). El humorismo de García Márquez ahonda en el misterio que articula las dimensiones privada, pública e histórica. Salvaguarda así otro misterio, el de lo que él mismo llama dimensión “secreta” de cada ser humano.

Con este viaje insomne y grotesco se enriquece y visibiliza el vínculo orgánico del hombre con la historia; nos adentramos en la singladura de un ideal, de un sueño tembloroso. La polémica histórica de la «idea bolivariana» se hunde hasta las raíces de su propia paradoja, donde enlaza con el espíritu de toda una época. Deja de ser la simple idea de un hombre para atender, precisamente, al hombre de la idea. El general es considerado «última reserva» de ese ideal. Un intenso hermetismo, defensivo y agónico, lo aleja del poder público y lo arrincona progresivamente (a él y a su ideal) en una suerte de fuga de ida y vuelta. Sabe bien adónde no puede regresar, aunque fantasee con el retorno. Sin embargo, desconoce el terreno misterioso al que se dirige. La fuerza del ensimismamiento provoca la retirada hacia su esfera más íntima, fundamentalmente a través de la enfermedad y de otros caminos de purificación e integración de las distintas piezas de su vida, como la memoria o la toma de consciencia del estado de ánimo de su pueblo y de su séquito. Defender su ideal en toda la amplitud del territorio (desde la distancia) y afrontar el encuentro con su círculo más reducido e íntimo son, inicialmente, dos exigencias antagónicas y desgarradoras que irán convergiendo. Ambas arraigan en cierta incompreensión de su tiempo presente (que en ocasiones culmina en irritación o cólera). Perplejo y herido,

rechaza y pospone la gestión de las señales que llegan de una y otra esfera. La integración de su compleja identidad va tomando forma hasta que, en la última hora de vida, se expresa lo siguiente: «lo estremeció la revelación deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran tinieblas». Es entonces cuando, el hombre de la visión panorámica, certera, suspira ante el mayor desafío de su vida «Carajos [...] ¡Cómo voy a salir de este laberinto!» (García Márquez, 2014, 271).

En este artículo queremos indagar en algunos caminos o dinámicas que facilitan el acercamiento a este hombre lúcido, pero esquivo y huidizo: la insistencia en la paradoja, la simbología de la duda y, por último, las dinámicas de la fuga, que incluyen la fuga de sí mismo y de su propia enfermedad. Todos ellos expresan el espíritu del simbolismo grotesco y algunos, muy relevantes, orientan al protagonista hacia los derroteros de la inutilidad, como resortes estéticos de una verdad más honda que necesita ser revelada en aras de una salvación de otro orden. Esa salvación discurre necesariamente entrelazada con la de sus ideales como desafíos de toda una comunidad, de un momento crítico de su tiempo. Atenderemos en primer lugar a la configuración del tiempo de la crisis en la novela, para entrar, en un segundo momento, en la dimensión interior del protagonista, ubicado simbólicamente en un inmovilismo forzoso. Inutilizado para la gestión directa de los asuntos públicos y limitado también físicamente por su enfermedad. En un tercer apartado, nos acercaremos a la voz del pueblo. Esta voz, plenamente humorística, penetra en la novela, en gran medida, a través del terreno de la paradoja, clave en nuestra opinión. No tanto para ser desentrañada, sino más bien como pausa estética necesaria que orienta la lectura hacia la superación de los opuestos irreconciliables, al ejercicio de la imaginación, en simetría con el instinto integrador de la obra. En cambio, la voz de la historia oficial parece formar parte del discurso hostil que acosa al general, especialmente encarnado en su antagonista, Santander, el Hombre de las Leyes. No podremos dedicarle aquí la atención que merece. Por último, sin abandonar la paradoja como fondo de todas ellas,

EL GENERAL EN SU LABERINTO

exploramos las dinámicas ensimismadas de la duda, la quietud, la memoria y la desaparición, cauces privilegiados de la revelación del hombre interior.

Las lianas del tiempo

El tiempo glorioso (pasado) de las victorias bélicas, del hombre público, se disuelve en una dimensión nueva con la integración de la derrota. El hombre interior –el general– inicialmente dislocado entre dos extremos de su vida (su primera juventud y su madurez) absorbe toda la iluminación estética en detrimento de la vertiente pública. La integración de esos cabos de la vida privada debe atravesar el nudo histórico (los veinte años de gloria, batallas y desengaños) para lograr revelar al hombre interior. Al integrar todo su ser a través de la acción de la memoria y de la derrota, de la confesión y del amor, teje una existencia nueva.

El tiempo histórico de las hazañas bélicas se concentra en ese nudo intrincado que, gota a gota, permitirá el flujo entre dos extremos de la vida del general que ansían encontrarse. El paréntesis histórico, opaco irá ganando permeabilidad. Tal parece ser una de las dinámicas centrales de la novela, iluminar las sombras del ideal bolivariano (sombra, a su vez, del anhelo moderno de libertad e igualdad) desde otro lugar. Allí la derrota acoge el plano de las limitaciones humanas –que revelan el guisante que nadie ve y con el que todos tropiezan–, el plano de la inutilidad. Se revela como un resquicio idóneo para asomarse a esas sombras del ideal y a la dimensión interior del hombre de la idea. El hombre así designado es el general, en su doble vertiente privada y pública, bisagra permanente y orgánica con el tiempo de la historia.

La muerte de su primera esposa, en su temprana juventud, y su despedida del congreso, al final de sus días, delimitan, como decíamos, ese tiempo histórico. El presente del general permanece,

inicialmente, inmóvil entre su resistencia a abandonar la primera línea del poder y su rechazo a la dimensión interior, íntima, que se abre ante él como un abismo insondable. En cuanto el general se detiene y se retira, el sueño dorado de la «integridad continental» entra en los dominios de las tinieblas y va revelando trazos de su complejidad. Lo mismo le ocurre al general. Entre insomnio, duermevela, fiebres y presagios, atravesado por la memoria del calendario y la enfermedad. Auxiliado por el amor de sus leales compañeros, especialmente de su fiel ayudante, José Palacios, y de su aguerrida amante Manuela. La hamaca donde pasa el general la mayor parte de su tiempo evoca, en un sentido, el bamboleo lento de la integración, de la unidad, de la armonía.

Todo lo anterior configura un espacio tiempo de gran riqueza, manifestado aquí en el *tempo* consciente de la tierra mestiza de las naciones de América del Sur, el ritmo enroscado, húmedo, grotesco de las novelas de García Márquez. Es, tal vez, la incompreensión de ese *tempo* lo que encoleriza al general frente al relamido comensal francés que teoriza frente a él, hasta que no puede más y le grita: «¡Por favor, carajos, déjennos hacer tranquilos nuestra Edad Media!» (García Márquez, 2014, 131).

Hostilidad larvada

El deterioro de su imagen pública agita en el interior del protagonista un resorte clave del hermetismo presente en la obra: su empeño feroz por reivindicarse, por justificarse, amplificado por su condición de personaje público. La angustia por las noticias, por los rumores y por las valoraciones ajenas imprimen en él la sensación de hostilidad que deriva en un aislamiento progresivo. Es intensa su obsesión por el correo, por la prensa, por los relatos de viajeros, en definitiva, por la opinión pública, por la valoración ajena:

era tan sensible a todo cuanto se dijera de él, falso o cierto, que no se repuso nunca de ningún infundio, y hasta la hora de la muerte estuvo luchando por desmentirlos [...] Nada le dolía tanto, ni lo ofuscaba tanto como que alguien pusiera en duda sus afectos (García Márquez, 2014, 120-122)

EL GENERAL EN SU LABERINTO

Se convierte en el blanco de un sinnúmero de acusaciones populares, en pintadas callejeras o en periódicos, que lo van alejando de los centros de poder, aislándolo. Algunas acusaciones al Libertador rozan la paradoja reveladora, como cuando cae sobre él la sospecha de ser un «espíritu dictatorial». A su vez, emerge con fuerza su propia inercia acusatoria frente a cualquier contratiempo, incluso los cotidianos y domésticos.

Conocedor de que su imagen entre las poblaciones venezolanas es asociada con el mal, con la anarquía y el caos, sufre un ataque de cólera que culmina con su propio derrumbe en el mecedor. Se va abriendo paso la dimensión interior, inicialmente merced a la fatiga y el desengaño, así lo expresa la novela: «para darle a su corazón la pausa que le hacía falta desde hacía veinte años». Tras esa furia, emprende la «absolución histórica»:

En todo caso, el equivocado soy yo [...] Ellos sólo querían hacer la independencia, que era algo inmediato y concreto [...] En cambio yo me he perdido en un sueño buscando algo que no existe (García Márquez, 2014, 226-7)

Defender su imagen exterior e interior no es, sin embargo, tan urgente como el encuentro con su propia enfermedad (la tisis) —«el único enemigo al que el general le temía»—. Se negaba a enfrentarlo para que no lo distrajera de lo que había sido la empresa mayor de su vida: la defensa y expansión de su ideal. Al darle la espalda a la enfermedad, tratando de mantenerse independiente y en constante movimiento —como conjuro frente a ella— se va progresivamente debilitando, aislando.

Se resiste, como decíamos, a abandonar la primera línea política (y la propia vida que se le está yendo). En buena parte por el riesgo de no poder intervenir en un futuro, de no poder defenderse. Estos rasgos no son simples atributos, sino resquicios herméticos de primer orden por donde entra, sin piedad, la degradación grotesca a obrar su transformación.

El movimiento de retirada es inevitable. El espacio ajeno, lejano va perdiendo magnetismo (el congreso de la república o Europa, como nido de enemigos exiliados que amenazan con regresar en cuanto él se ausente). Incluso en su propia vida privada se debilitan los eventos que impliquen a más de diez personas. En muchas de las veladas que se le ofrecen como homenaje permanece ensimismado —«acorazado dentro de sí mismo»— o rechaza sin tapujos las muestras patéticas de reconocimiento y cariño, con suma claridad: «esto no es amor, sino novelería».

La voz del pueblo

El reverso grotesco (paradójico) de la heroicidad del general permite traducir en alguna medida el hilo más grueso de las paradojas de un tiempo y un momento histórico profundamente complejo. Este juego de la trama nos invita a leerla como una novela biográfico familiar, cuya riqueza de resonancias es infinita. Los encuentros cercanos del general con su pueblo revelan la verdadera situación del general entre los suyos. La existencia de un apodo vergonzante para él (Longanizo), la noticia de que los anfitriones que lo acogen en las localidades entierran o arrojan después los cubiertos para protegerse del contagio de su conocida enfermedad, entre otros. Todo ello descose los entresijos de la ansiada unidad latinoamericana, dejando al desnudo el aislamiento del general y de cada uno de los hombres que encuentra en el camino. Cada colombiano es un país independiente, llegará a decir. Si la independencia había sido sorprendentemente rápida y unánimemente defendida, la unidad se resistía a definirse, a articularse.

El viaje por los distintos puertos que había ido recorriendo años atrás como general en batalla ponen frente a él el precio de esa aparente «sencillez» de la independencia: el desfile de viudas, tullidos, desamparados de todas las guerras, que deseaban hablar con él. Uno de ellos resume el sentimiento de todos: «Ya tenemos la independencia, general, ahora díganos qué hacemos con ella». Ante su respuesta de que los verdaderos sacrificios llegan ahora, el portavoz de los desvalidos le recuerda que no han hecho otra cosa

EL GENERAL EN SU LABERINTO

que sacrificarse. El general cierra esa conversación con la exigencia de que aún quedan más por hacer: «La unidad no tiene precio» (García Márquez, 2014, 105). Esa noche, aturdido y a solas, tiene la visión fantasmal de una mujer que canta una misteriosa canción y desaparece tras mirarlo. Será uno más de los episodios que envuelvan al escéptico general en la atmósfera de lo invisible y maravilloso.

Ambivalencia grotesca: paradojas, límites, círculos viciosos

La idea de la independencia y la unión de las naciones recién nacidas no sólo es amenazada (y revelada) por el agotamiento de un pueblo exhausto, sino por múltiples frentes. Uno de los más acuciantes será el de las insurrecciones y la traición (encarnada en el antagonista Santander). Casi tan lesivas como el progresivo aislamiento del general. El sueño de la integración va, progresivamente, ensimismándose, desnudando su complejidad. Por una parte, corre el riesgo de encerrarse en las coordenadas del imaginario íntimo del general. Así, se habla de su «sueño fantástico» de crear la nación más grande del mundo y de su «sueño casi maniático de la integración continental» (García Márquez, 2014, 53 y 103). Por otra parte, el ensimismamiento provee un cauce subterráneo por el que discurre ese mismo ideal, como reflejo de otros derroteros alejados de las estrategias militares o particulares.

El anhelo de completar el ciclo de la liberación y de la unidad convive con la amenaza de un eterno retorno. Con la pesadilla de reiniciar, desde cero, una y otra vez la misma conquista. Evoca la fatiga de la tarea inútil, con un sesgo solitario, de la conquista que se arruina y se desdice en cuanto el general vuelve la vista. La idea agotadora de que siempre es necesario empezar otra vez «por el principio»:

cuando se alejaba del sur para marchar al norte, y
viceversa, el país que dejaba se perdía a sus espaldas, y

nuevas guerras civiles lo arruinaban [...] (García Márquez, 2014, 119)

El espíritu grotesco impulsa la paradoja en toda su trascendencia para atravesar ese y otros círculos viciosos. Hace coincidir el instante de la celebración del congreso de la república, que él mismo contribuyó a gestar, con el inicio de la derrota de ese mismo ideal y la multiplicación de las insurrecciones:

Es una burla del destino [...] Tal parece como si hubiéramos sembrado tan hondo el ideal de la independencia, que estos pueblos están tratando ahora de independizarse los unos de los otros (García Márquez, 2014, 24)

Esta cita forma parte del único diálogo entre el mariscal Sucre, su hombre de confianza, y el general. La risa del destino, aun difusa (paradójica), aflora en medio de la perplejidad y el abatimiento de ambos. Desde un punto de vista grotesco, ciertas dinámicas que inciden en el agotamiento, en la senilidad de un planteamiento operan a través de la fatiga individual, de la agonía de un personaje o de su idea. Al mismo tiempo, como veremos, el personaje o la idea centrales, incluso en su ridículo, son portadores de un legado valioso. Crisis de relevo en las que algo muere y se transforma, se actualiza, se regenera integrando un espectro cada vez más amplio de la realidad. El pesimismo cobra así un sentido más revelador que definitorio.

A través de la burla se va revelando alguna traza del tesoro de esa paradoja: ¿cómo pudo ser, comparativamente, tan unánime el deseo de independencia y tan trabada y penosa la unión? La bondad de dicho anhelo no se pone en duda. Estéticamente, se refleja ese mismo desequilibrio y la necesidad de otros caminos. Tampoco la independencia se ha logrado conforme al ideal –la esclavitud ha cambiado su rostro–; lo que sí es evidente en toda la novela es el impulso de libertad. Desde varios lugares le llegan al general noticias de que la masa (civil y militar) que llevó a cabo la gesta de la independencia estaba ahora dispersa. Muchos de aquellos líderes habían orientado sus últimos esfuerzos hacia un

EL GENERAL EN SU LABERINTO

espacio más reducido, su pequeño terruño, así expresado: «Dieciséis millones de americanos iniciados apenas en la vida libre quedaban al albedrío de sus caudillos locales» (García Márquez, 2014, 24).

No obstante, incluso en estas paradojas, el valor y la necesidad de cierto fondo esencial de ese ideal es manifiesta en la obra. Por ejemplo, en la exagerada y casi sobrehumana rapidez con que se logró la independencia de las tierras. O en la asombrosa inmunidad del general, que apenas sufre un rasguño en todas sus batallas, pese a luchar en la primera línea. Una inmunidad que recuerda –en menor grado– a la de otros personajes de García Márquez, como el coronel Aureliano Buendía. En su obra *Genus*, Luis Beltrán Almería cita al coronel de *Cien años de soledad* para ejemplificar y esclarecer el valor de una figura que representa cierta continuidad en la Modernidad con el hombre de bien (*kalokagathós*). La figura que despierta el recuerdo de la fuerza orgánica de la humanidad, auxiliada por la naturaleza de la que forma parte. Ilustran un esfuerzo victorioso por integrar la existencia humana en las oscilaciones del crecimiento de la comunidad. Victorioso en un sentido estético de la palabra: en su capacidad para visibilizar esa fuerza humana atravesando la adversidad. Este matiz del personaje, su vínculo con el hombre de bien –en concreto con la imagen del hombre público sabio– confiere a la novela, a nuestro parecer, toda una clave de lectura. La orienta hacia una dimensión más estética que histórica, integrando ambas con la figura del protagonista. Aun resentidos por los engaños, parecen inmunes; ningún zarpazo es definitivo, ni siquiera el que los lleva a la muerte. No en vano, gran parte de su riqueza reside en su incardinación con las grandes líneas del tiempo, más allá de la actualidad. Son figuras que representan la integración de valores esenciales, sumamente ricas precisamente por esa conjunción que permite vislumbrar la unidad. Beltrán Almería sintetiza el potencial de los valores que representan estas figuras y que cristaliza también en las utopías: «el tiempo del crecimiento en figura humana [...] carecen de limitaciones [...] También las utopías son una prolongación de este

concepto» (Beltrán Almería, 2017, 386-7)¹. Tanto el general como su utopía de la unión de los pueblos libres participan, de alguna manera, de ese legado. Lo cual no impide, en absoluto, que él mismo ocupe una posición estética compleja, atravesada igualmente por cierta inutilidad. Tampoco impide que su esfera más íntima sea la región principal donde se diluye y expresa el conflicto nuclear del ideal de libertad y solidaridad humanas. Es la réplica subterránea de su periplo histórico, patético².

Sin perjuicio de lo dicho a propósito de la recóndita fortaleza del general, la novela se orienta especialmente a revelar sus limitaciones, que arriban desde todos los frentes. Por un lado, la hostilidad de los políticos y militares en el poder; por otro, el pueblo que dirige hacia él su esperanza, en unos casos, o más hostilidad, en otros. A su llegada a Cartagena de Indias, el general se encuentra con una ciudad en ruinas. Así encuentra a los antiguos esclavos: «habían quedado al garete en una libertad inútil, y los palacios de los marqueses tomados por la pobreza soltaban [...] unas ratas tan grandes como gatos» (García Márquez, 2014, 176).

No sólo en los espacios lejanos aflora la hostilidad. Todo su séquito había quedado atrapado en la misma ciénaga de incertidumbre e inmovilismo. Pronto se revela otra honda paradoja: el aislamiento del general en su propio ejército. Poco a

¹ La obra de Luis Beltrán Almería nos ofrece una mirada extraordinaria, única para adentrarnos en las sendas de la imaginación humana, en cuyo corazón late el legado del grotesco. Esa misma fuerza parece animar toda su investigación y sus zancadas de gigante, como si tuviera puestas las botas de siete leguas. Una obra generosa, desafiante y transformadora. De estos dones da muestra en cada una de sus palabras tejedoras: «Junto al proceso de degradación de la tradición oral –un proceso necesario en un mundo que debe ser más complejo, porque civilización es complejidad– se da otro proceso de formación de un grotesco más inteligente, expresión de la creación artística. Comprender esa doble dinámica es esencial para no caer en el catastrofismo reaccionario» (Beltrán Almería, 2025, 117). La literatura de García Márquez custodia esencialmente ese esfuerzo estético, donde la maravilla, la paradoja son señas tanto del humorismo como de su necesaria discreción, en el sentido barroco, cervantino de la palabra.

² García Márquez declaró en múltiples ocasiones su amor por la tragedia griega y, en particular, por la obra de Sófocles, *Edipo rey*. No pasan desapercibidas sus resonancias en la obra que nos ocupa ni el hilo que une a ambos protagonistas.

EL GENERAL EN SU LABERINTO

poco, gracias a las palabras de José Palacios, va a darse cuenta del estado de ánimo de sus hombres y de la distancia que había impuesto con ellos: «no fue consciente nunca del baluarte de poder que él mismo mantenía frente a ellos, tanto más infranqueable cuanto más se creía accesible y caritativo». El ocio y la quietud, así como la sujeción de sus destinos a la variable voluntad del general, van minando las fuerzas de su séquito:

Eran hombres de guerra, aunque no de cuartel [...] habían combatido tanto que apenas si habían tenido tiempo de acampar [...] lo que no podían soportar era la incertidumbre [...] aquel viaje sin fin a ninguna parte (García Márquez, 2014, 168-170)

Sin embargo, el límite que más lo acongojaba fue siempre el infranqueable de su propio cuerpo, la tuberculosis que lo acompaña desde tiempo atrás. El valor del general flaqueaba cuando debía enfrentarse a su rostro en el espejo. Es otra paradoja más que nos conduce a la inercia fugitiva del general. Fugitivo de sí mismo, tragicómico. Dentro del movimiento de retirada, la fuga muestra otro estrato paradójico, humorístico del general. El mismo hombre que hizo retroceder al poderoso ejército español es conocido en el amor por sus «fugas perpetuas». Así lo llama Manuela, su amada compañera, «mi eterno fugitivo». No es el amor el único dominio donde aflora ese impulso de huida. El viaje del general parece también una fuga ridícula, combinada con el signo de la desorientación. Es el sentir de su gente: «los oficiales del séquito estaban hasta las criadillas de aquel ir y venir hacia la nada» (García Márquez, 2014, 168). Derrota y fuga forman parte de un arco simbólico que permite entrar en el terreno de la desbandada, de la desintegración y el rumbo errático³. En las coordenadas del simbolismo grotesco es preludio de una honda

³ Así recoge el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* la segunda acepción de *derrota*: Vencimiento por completo de tropas enemigas, seguido por lo común de fuga desordenada.

transformación. De la derrota de su condición mundana hacia la salvación interior, una trayectoria simétrica a la sufrida por el ideal bolivariano en su adelgazamiento progresivo, en busca de la médula de su valor.

Algunos ingredientes de estas y otras paradojas son desmenuzados en la parábola descendente (y ensimismada) que describe su figura, desde el aislamiento hasta la desaparición (rendición), pasando por la duda o la quietud y la fuga imposible. Veremos, en este último apartado, las implicaciones estéticas que generan algunos de ellos.

Aliados del ensimismamiento: duda, quietud, memoria

En varias ocasiones, el general es tildado de veleidoso, por su indecisión, por lo mudable de su parecer. Él se defiende en estos términos:

Ya sé que se burlan de mí porque [...] a una misma persona le digo una cosa y la contraria [...] todo eso es cierto, pero circunstancial [...] con la sola mira de que este continente sea un país independiente y único y en eso no he tenido ni una sola contradicción, ni una sola duda (García Márquez, 2014, 207)

El rumbo errático de las sendas nuevas e inexploradas acoge en un mismo enclave el simbolismo de la duda y el del renacimiento. El deambular laberíntico de su propia salvación. Todos los horarios o los planes sucumben a la tiranía del insomnio y de la desorientación, tanto en él como en sus hombres, que se expresan en estos términos: «estoy demasiado cansado para trabajar sin brújula».

Por otra parte, la memoria imprime un movimiento prensil propio del grotesco; exprime el jugo vital de los hechos, de los fenómenos humanos, hasta dar con la veta necesaria, con el vaso comunicante. El olvido es temido como sinónimo de desaparición y conjugado con la salvación de la memoria. El general inicia con el viaje los «escrutinios del pasado». Aunque se trata de un viaje, inaugura un tiempo de pausa y quietud que él y sus hombres

EL GENERAL EN SU LABERINTO

desconocen. Un viaje ensimismado, sobre todo en los trayectos en barco por el río Magdalena, como se aprecia en el lamento continuo: «lo peor del viaje era la inmovilidad forzosa». Durante ese remanso, en la hamaca, revisa hasta los instantes más ínfimos, triste de esperar, como él dice: «sin saber qué, ni a quién, ni para qué». Hasta la noche de octubre, en Soledad, en la que brota por fin su recóndito dolor: «lloró dormido [...] tocó fondo» (García Márquez, 2014, 233) y durmió, por fin, a pierna suelta. El descanso permite aflorar el recuerdo, a la mañana siguiente, del que fuera su «acto de poder más feroz», el fusilamiento del general Piar. Un militar mestizo, líder carismático, que desconfía de la aristocracia blanca de la que el general forma parte. Piar convocaba a su alrededor a todos los desvalidos del país (negros, mulatos y zambos) y ni todas las dotes de persuasión del general pudieron convencerlo para unirse a la causa común⁴.

Será ya en Santa Marta, su destino final, donde los recuerdos rebosen su dimensión narrativa para desparramarse en un aluvión de sensaciones. Como había ocurrido en Cartagena de Indias, con el solo de arpa y las canciones de amor, ahora un simple vaso de leche de burra logró disolver el nudo férreo de sus primeros años de vida. El narrador condensa ese proceso con pocas pero iluminadoras palabras: aquel «sabor balsámico, asociado de un modo tan íntimo a sus recuerdos más antiguos, le revolvió la bilis y le descompuso el cuerpo» (García Márquez, 2014, 254). Da inicio así una serie de movimientos que clausuran la agitación de la duda y de la espera y abren el camino de la despedida y, en cierto modo, de su renacimiento. Se ocupa del destino de todos sus allegados («sus huérfanos»), hace testamento, alejado ya de toda artimaña política de despiste. Todo lo que estaba hundido —«sepultado en un olvido estanco»— emerge de golpe. Evoca sus orígenes, las muertes tempranas de sus padres y de su primera mujer a través de la coincidencia de olores del ingenio de melaza en el que creció y del otro ingenio en el que,

⁴ Este episodio encuentra réplica simbólica en la sucesión de retratos de Bolívar, cada vez más «europeizado» y disimuladas sus facciones mestizas.

paradójicamente, iba a morir «Nunca me había sentido tan cerca de mi casa» (García Márquez, 2014, 259). La integración de ese ramillete de identidades escindidas, entretejida con la comprensión del lugar que ocupa son el preludio de su desaparición.

Desaparición

El general deambula, insomne y febril, por una espiral cuyo eje es un punto casi mágico, una liana del tiempo, donde se disuelve el abismo entre su infancia y su madurez. Un tránsito que se inaugura con la boñiga de vaca que explota en su pecho y queda reflejado en el balanceo de la hamaca, en los titubeos de la niña que olvida las coplas en su honor o en la «lección extraña» y cotidiana cada vez que comprueba que la gente no lo reconoce por la calle. Un viaje marcado por el signo del «desorden final». Ya las primeras páginas presentan al general en la bañera, inmerso en un ritual para purificar el cuerpo y el ánima; un ritual que se justifica y se encuadra temporalmente frente a un tiempo pasado y hostil: «veinte años de guerras inútiles y desengaños del poder» (García Márquez, 2014, 12). Otros rituales, a través de diversas series grotescas, purifican al general de otros afectos podridos. Unas veces es un detergente alimenticio, como el empacho de guayabas «con la sensación de que el alma se le escurría en aguas abrasivas». Otras veces, una honda impresión de amargura y tristeza, como la noticia de la muerte de su amigo Sucre, desencadena una desenfadada confesión de «lo peor que guardaba en el pudridero de su corazón [...] los fondos más turbios de su alma» (García Márquez, 2014, 194).

Las dinámicas de la purgación derivan hacia una progresiva desaparición. Se alude a su apariencia «fantasmal», absorta, extática: «alguien que ya no era de este mundo». Él mismo es consciente al afirmar: «Ya no soy yo». Al declinar cualquier nueva invitación a entrar en la esfera pública: «Yo no existo» (García Márquez, 2014, 49 y 148) es su respuesta frente a quienes tratan de hacerle creer que él es el «elegido» de la historia. De nuevo la paradoja encubre, protege y pondera la riqueza estética de esta novela de García Márquez. La desaparición progresiva del protagonista lo fortalece;

EL GENERAL EN SU LABERINTO

su evanescencia y su vigor traspasan los límites de su existencia individual para acoger un sentido más trascendental. Se expresa ese potencial invisible, ya comentado en apartados anteriores, en estos términos: «la tensión de la energía que circulaba debajo de la piel, como un torrente secreto sin ninguna relación con la indigencia del cuerpo» (García Márquez, 2014, 42). Su apariencia física, demacrado, menguado, contrasta con un vigor íntimo que sorprende (y despista) a amigos y enemigos. Con frecuencia debe dejarse ayudar para caminar o afeitarse, rabioso por su torpeza doméstica, pero inesperadamente recobra el brío y el temple de un hombre en la plenitud de sus fuerzas. Este misterio toma forma en el oráculo secreto que había recibido como un presagio en su penúltimo cumpleaños

era la fuerza que lo había sostenido en vilo hasta entonces contra toda razón [...] si lograba mantenerse vivo hasta el cumpleaños siguiente ya no habría muerte capaz de matarlo [Al saberse vencedor de esa batalla invisible el día de su cuarenta y siete cumpleaños] Se incorporó en la hamaca, con las fuerzas restablecidas y el corazón alborotado por la certidumbre maravillosa de estar a salvo de todo mal (García Márquez, 2014, 201-2).

Su amigo, el general Montilla, al verlo tan reducido y vulnerable, le ruega: «Lo importante [...] es que Su Excelencia no se nos disminuya por dentro». La paulatina extinción de sus fuerzas se entrelaza con su aislamiento social (público) y con su retirada de los afanes mundanos. Desde la afirmación del primer capítulo —«ya no tengo patria»— a su situación de indocumentado, carente de pasaporte y, por tanto, impedido para salir del país (García Márquez, 2014, 108).

La liberación de sus hombres marca otro hito en la simbología de la disolución; se entrelaza con la entrega de un destino para cada uno de ellos. De la misma manera sucede con su prodigalidad. De todo su patrimonio, apenas queda la parte suficiente para repartirla entre sus seres queridos. Así disminuye su

carga (menos equipaje y menor séquito) y afronta el último tramo del viaje.

Conclusiones

La crítica ha señalado repetidamente la *desmitificación* del general en la novela. Dinámicas grotescas como la enfermedad, el desprestigio social y político, entre otras que hemos observado, operan esa erosión del barniz glorioso. No obstante, esta degradación parece orientarse a una revelación mayor que la de su propia individualidad enlazándolo con rasgos de dos figuras muy reveladoras: acoge señas de la inutilidad y, por otra parte, del hombre de bien. El ensimismamiento, con su sutileza, aliado del grotesco, disuelve lentamente los límites más enconados, los interiores. Hasta que el general no tiene escapatoria posible. El hermetismo visibiliza las trampas, los límites del ideal.

Tras el derrumbe del Libertador («la gloria se le salió del cuerpo») queda en pie una asombrosa fuerza interior, casi sobrehumana, que sienten quienes están cerca de él. El general llega a su última hora con la lucidez y la consciencia de haber amarrado, al fin, en un solo hilo, sus males y sus sueños. La cercanía de la muerte del protagonista (evocada y omnipresente), el viaje sin rumbo y la feroz opinión pública nos adentran desde la primera página en la esfera cómica de las limitaciones. Del espejo que no devuelve la imagen nítida de las identidades estables sino el borrón fugitivo de una conciencia en movimiento. El viaje desfigura y emborrona al general, pero le imprime el sello de una inmortalidad de otro calibre, más allá del reconocimiento histórico y de su propia identidad histórica.

Su fiel servidor, José Palacios, es único testigo de su dimensión más inútil y doméstica, la menos heroica y también la predominante en la novela. Es él quien traza en una frase recurrente un rasgo esencialmente hermético del general «Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe». Una fuerza ensimismada orienta ese hermetismo más allá de la defensa, con la permeabilidad que imprime la memoria compartida y el abrazo de la propia enfermedad. Un lugar adonde llega después de todo un

EL GENERAL EN SU LABERINTO

proceso de disolución, que precisa el tiempo y el espacio de la pausa y la levadura lenta de la propia voluntad.

El único movimiento posible en todo momento parece el de su hamaca, tan sólo interrumpido al ser trasladado en brazos, como un recién nacido, por el médico hasta su lecho de muerte, en Santa Marta. Aunque alejado de su país natal, percibe el olor intenso del ingenio de melaza en el que se encuentra, como aquel que lo vio nacer en Venezuela. El aroma une ambas tierras como si fuera la misma. Frente a las estrategias militares, el humorismo ofrece otros caminos, revela otras dinámicas por las que esa unidad discurre y se va gestando. Muchas de ellas paradójicas, veladas, íntimas.

Bibliografía

BELTRÁN ALMERÍA. Luis. (2017) *Genus*. Barcelona. Calambur Editorial.

BELTRÁN ALMERÍA. Luis. (2025) *Estética de la Modernidad*. Madrid. Ediciones Cátedra.

GARCÍA MÁRQUEZ. Gabriel. (2014) *El general en su laberinto*. Barcelona. Penguin Random House Grupo Editorial.